

Hacían falta la intuición profunda, la mirada larga y la excepcional capacidad expresiva de Sofía Gandarias para acometer y lograr la primera gran versión plástica del *Coloquio de los perros*. El *Coloquio*, enmarcado en la historia del *Casamiento engañoso*, es quizá la más compleja y rica de las *Novelas ejemplares* (1613), a las que no en balde sirve de conclusión y en cierto modo recapitula. En el *Coloquio* están, en efecto, todos los temas y estilos presentes en ellas. Desde el rincón del vallisoletano Hospital de la Resurrección, para pacientes de sífilis, Cipión y Berganza, perros, y por perros doblemente cínicos, contemplan un pequeño universo de personajes singulares y extravagantes, costumbres llamativas, ambientes picarescos..., pero también con momentos estilizados, y todo entre la realidad y el ensueño, por el prodigio de los canes parlantes y el fascinador trasfondo de brujería.

Es, sin embargo, el caso que tan inquietante retablo de episodios y personajes no había penetrado sino en una medida mínima en el dominio del arte. Hasta que Sofía Gandarias ha puesto los ojos en él, la trayectoria gráfica del *Coloquio* apenas cuenta con una pieza de algún valor: los dos finos grabados del holandés Jakob Folkema incluidos primero en una traducción francesa (1713) de las *Novelas* y después en la edición del original publicada en El Haya, en 1739, al cuidado de Pedro Pineda, atrabiliario y a ratos estupendo profesional de la tipografía. Posteriormente, sólo alguna lámina suelta en tal o cual impresión ha venido a aumentar el parco catálogo visual del relato cervantino.

Con los lienzos de Sofía estamos, pues, ante un principio absoluto y con el grado supremo de la originalidad. Una figuración del *Quijote* siquiera remotamente realista no puede prescindir, incluso si es para contrastarlos, de los arquetipos de una tradición que va ya por los cuatrocientos años. Frente al *Coloquio*, el artista, nuestra artista, tiene el campo franco: sólo te toca medirse con ella misma.

Que no es poco. A Sofía la han atraído constantemente la literatura y los creadores de gran literatura. Desde “Presencias”, en los primeros años ochenta, con Lorca, Borges, Rosalía de Castro, Rubén, García Márquez y tantos más, hasta las series “Pessoa” o “Primo Levi”, sus pinceles han vuelto asiduamente sobre ese mundo. En los espléndidos retratos de escritores que a lo largo de los años ha ido plasmando, Augusto Roa Bastos realizaba “el arduo y lento trabajo de indagación, de prospección en la vida y la obra de sus modelos: de

penetración en esos mundos íntimos poblados de grandezas y miserias como todo lo humano”; y José Saramago señalaba que los elementos figurativos que a menudo organiza para flanquear al retratado buscan “completar, en el propio nivel, la enigmática propuesta del cuadro”. Una de las últimas series aludidas, del primer decenio de nuestro siglo, versa sobre “Kafka el visionario” y muy bien pudo haberse unido a la ahora exhibida, con el título “El coloquio de los perros: de Cervantes a Kafka”. Y de hecho, rotulado como “Las investigaciones de un perro”, los “Pensamientos de Berganza” formaba parte de la exposición de “Kafka el visionario”.

Conviene hacerse cargo de esa línea de continuidad de lo visionario. En una primera aproximación, la literal, Sofía toma partido en la que es una de las cuestiones esenciales del *Coloquio*. Afirma Campuzano:

“Yo oí y casi vi con mis ojos a estos dos perros, que el uno se llama Cipión y el otro Berganza, estar una noche, que fue la penúltima que acabé de sudar, echados, detrás de mi cama, en unas esteras viejas, y a la mitad de aquella noche, estando a oscuras y desvelado, pensando en mis pasados sucesos y presentes desgracias, oí hablar allí junto, y estuve con atento oído escuchando por ver si podía venir en conocimiento de los que hablaban y de lo que hablaban... Muchas veces después que los oí, yo mismo no he querido dar crédito a mí mismo, y he querido tener por cosa soñada lo que realmente estando despierto con todos mis cinco sentidos, tales cuales Nuestro Señor fue servido de dármelos, oí, escuché, noté y finalmente escribí, sin faltar palabra... Las cosas de que trataron fueron grandes y diferentes, y más para ser tratadas por varones sabios que para ser dichas por bocas de perros. Así que, pues yo no las pude inventar de mí, a mi pesar y contra mi opinión, vengo a creer que no soñaba, y que los perros hablaban”.

A partir de ahí, la duda reiterada en la novela consiste en “si hablaron los perros o no”. A la postre, Peralta no quiere debatirlo más y decide irse a pasear por el Espolón, “a recrear los ojos del cuerpo”, pues –concluye– ya ha recreado “los del entendimiento”. Son éstos también los que prefiere Sofía, pero optando por contemplar como una cadena de visiones la experiencia de Campuzano.

Ni sería posible hacerlo aquí ni yo tengo autoridad para glosar en detalle, y menos en aspectos técnicos, los veintiocho cuadros de nuestra serie. Como filólogo, no puede menos de encantarme la sensibilidad con que Sofía se fija en el adagio clásico “Habet bovem in lingua” o traduce la locución *mutatio caparum* a un delicioso despliegue de color.

Pero eso son, se diría, notas al pie. Desde un punto de vista semántico y más definitorio, es diáfano que cautivan a Gandarias en especial las personas de las brujas y el ámbito de la brujería, con la Cañizares y sus consideraciones por delante. “Dirás tú ahora, hijo, si es que acaso me entiendes, que quién me hizo a mí teóloga, y aun quizá dirás entre ti: ‘¡Cuerpo de tal, con la puta vieja! ¿Por qué no deja de ser bruja pues sabe tanto, y se vuelve a Dios, pues sabe que está más pronto a perdonar pecados que a permitirlos?’ Frente a ella, la Colindres, la Camacha “burladora falsa” y la Montiel, “tonta, maliciosa y bellaca”, son pura degradación de la fisiología y la sexualidad, por otra parte en un entorno por el que vaga siempre la sombra del diablo. No falta quien acusa a Berganza de ser “demonio en figura de perro, pero la pintora propone la dignidad de los protagonistas caninos con la composición paralela de “Pensamientos de Berganza” y “Cipión (Cervantes)”, como quien desvela de dónde proceden los factores de racionalidad del conjunto.

Insisto en que no es factible ni del caso glosar los soberbios veintiocho óleos que lo componen. Triunfa en ellos, apuntaba, la interpretación del *Coloquio* como visión de visiones. Porque, como fueran en la novela, los que podrían no pasar de sucesos reales y puntuales atestiguados por Campuzano a través de Cipión y Berganza, Sofía los traslada al dominio onírico, mágico y misterioso de la visión. Los fondos oscuros, los perfiles borrosos, las tonalidades que se entremezclan, los rasgos en fuga..., las formas, en definitiva, y sustancialmente las formas, constituyen la auténtica lectura que Sofía Gandarias nos ofrece del *Coloquio de los perros*. Pero la tradición también juega su papel, como respaldo de la exégesis. Algunos críticos recordarán el expresionismo de un Kokoschka, de Egon Schiele, menos de Munch... Pero incluso legos como yo no podrán sino sentirse devueltos a las pinturas negras de Goya. A la altura de ese insigne linaje se sitúa este coloquio de Sofía Gandarias con Miguel de Cervantes y su fauna perruna, humana y diabólica.